

y que, cuando no se cumplan por negligencia, se sancione a los culpables. Sin ello, el sociólogo corre el riesgo de que se le culpe de servir a la más despreciable de las demagogias aun cuando, en el momento, haya creído servir a los más levantados anhelos de progreso humano.

El sociólogo, en este sentido, debe permanecer atento al uso que se hace de sus resultados y de sus sugerencias, y debe estar dispuesto a denunciar todo mal uso que se haga de los mismos. Debe, por otra parte, tratar de lograr la objetividad que es ventaja del hombre de ciencia sobre el hombre de acción; pero esa objetividad no puede ser tan absoluta que desconozca su compromiso (su comprometimiento) con los valores humanos situados por encima de los más particulares y concretos. Es, en esto, en lo que debe estar dispuesto a una especie de crucifixión, porque “el sociólogo será criticado desde dos posiciones: los sindicatos le reprocharán que defienda los intereses y privilegios del capitalismo privado, su ‘opción por el sistema dominante’ (Touraine) y los patronos le reprocharán por favorecer a las organizaciones obreras: le señalarán como intelectual peligroso y revolucionario”.

Consecuente con su propósito de hacer sociología aplicada, Bolle de Bal señala como ejemplo la aplicación que de su crítica de las “relaciones humanas”, que de su ampliación de dichas concepciones, que de la directriz metodológica del Instituto Solvay se ha hecho al estudio de las relaciones industriales en la rama belga del cemento.

Hay que felicitarnos por aportaciones como ésta que —procedan de allende o aqueude el Océano, de éste o de aquel lado del Bravo— nos permiten vislumbrar cuál puede ser el nuevo rostro de la Sociología.

(U-V)

Nathan Rosenberg: “Adam Smith on the Division of Labour: Two Views or One?” *Economica*. 45th Year. New Series. Vol. XXXII No. 126. London, Mayo, 1965, pp. 127-39.

Una queja frecuente de este reseñador ha consistido en señalar la reiterada inadecuación entre títulos y contenidos. Por desgracia, casi siempre existe ésta en beneficio de los primeros y perjuicio de los segundos. El título —en mayoría— ofrece más de lo que el contenido entrega al lector. Afortunadamente, en este caso, ocurre todo lo contrario: un título sin pretensiones parece situar a este artículo en calidad de argumento adicional dentro de un largo proceso polémico que abarcaría: al propio Adam Smith, a Marx, a Ferguson, y a West. A no ser por nuestro reiterado interés en “volver a los clásicos” (siempre que se pueda) el artículo hubiese pasado inadvertido para nosotros; y habría ocurrido esto con doble pérdida pues, por una parte, seguiríamos en la superficie del pensamiento smithiano y, por otra, no hubiéramos descubierto en él estimulantes puntos de referencia para una sociología que en países como los nuestros es de primordial importancia y para la que no parece haber ni interesados, ni incentivos, ni materiales: la sociología de las actividades creadoras o —más modestamente— la sociología de las invenciones.

El punto de partida de los análisis de Rosenberg es el texto de Smith, *The Wealth of Nations*; pero en el desarrollo de su investigación no lo usa en exclusiva: rastrea los más remotos antecedentes del pensamiento smithiano en las *Lectures*, en el *Early Draft*. Lo ve, así, formarse, a base de formulaciones tentativas, de dudas, de unas ejemplificaciones que autorizan y otras que desautorizan las hipótesis, de una síntesis final que contiene afirmaciones

“muy calificadas” como gustan decir los anglo-parlantes. Esta manera de proceder es útil: muestra a nuestros párvulos de la sociología: 1º hasta qué grado la docimasia de hipótesis no es cosa de hoy sino de venerables abuelos, 2º la manera en que la concepción probabilística de las leyes sociales no es moderna, aunque sus expresiones lo sean, y 3º que esa “calificación” smithiana está muy cerca del lenguaje probabilístico (tan denso y embarazoso para la expresión alada) de Adler,¹ y del que es ineludible en las cadenas markovianas a que son tan afectos los recién llegados a nuestra disciplina.

Smith es el punto de partida y hay remontamientos; pero también hay proyecciones —de él hacia lo actual—; se trata, primariamente, de revelar la contradicción aparente entre su libro I y su libro V; entre el que ensalza las excelencias de la división del trabajo y el que vitupera la degradación que produce en quien interviene en ella. El tema, como señala el autor, es importante, porque en su torno gira la prognosis del capitalismo, la capacidad de cambio tecnológico.

Desde las primeras líneas, barrunta la solución quien observa que, por desgracia, es frecuente que lo que beneficia a la sociedad suela perjudicar a los individuos y viceversa, o para quien —en un plano más frívolo— ha podido observar que los ciudadanos de los países más admirables y mejor organizados suelen ser antipáticos (por su rigidez y su estereotipia) en tanto que aquellos que proceden de países anárquicos desbordan simpatía (por su falta de inhibiciones). Lo cual no haría sino indicar que no hemos sido suficientemente creadores para compatibilizar el bien público y el privado, el social y el individual.

El esfuerzo de Rosenberg muestra, en efecto, que Adam Smith (en cuanto científico social y no en cuanto reformador social), observó y mostró que la división del trabajo favorecía a la so-

ciudad y dañaba al individuo; propiciaba el adelanto tecnológico y, simultáneamente, estultificaba al obrero. ¿Cómo era esto posible? Sólo por el camino de la explicación social de cómo se producen, de cómo se han producido (pero quizás no de cómo *tengan* que seguir produciéndose) las invenciones.

Hay, en efecto, en embrión, una sociología de las invenciones en el trabajo de Smith, pues “uno de los temas principales de *The Wealth of Nations* es el examen de la manera en que los arreglos institucionales estructuran las decisiones del individuo unas veces en una forma que armoniza el interés privado con el social y otras en una que los separa”. A modo de ejemplo, señala cómo diferentes sistemas de tenencia de la tierra favorecen o dañan —hacen abortar— las invenciones, y registra, como caso extremo obstructivo de la invención, la esclavitud (en la que el esclavo no puede mejorar su suerte y se ve privado del incentivo para inventar). Lo cual no obsta para que, *a veces*, los esclavos inventen.

La invención, por otra parte, se produce en múltiples niveles: hay inventos que producen cosas o procesos, otros que los modifican, otros que los aplican a usos nuevos. Cada uno requiere de diferentes grados de artificio analítico y creador, y de diferentes niveles técnicos previos. Con todo, la invención es, para él, fundamentalmente, combinación nueva de cosas viejas, “habilidad para aprovecharse de diversas áreas del conocimiento y la experiencia humanas y combinarlas de un modo único que sirva a un propósito específico”.

La división del trabajo, en consecuencia, favorece el proceso inventivo, en el grado en que multiplica y diversifica las áreas en las que se labora en profundidad y no superficialmente. Pero la simple multiplicación, diversificación y trabajo cada vez más angosto y más profundo, de por sí no deter-

minan la inventiva y el avance tecnológico. Es necesario que haya alguien capaz de conjugar esas diversas áreas y ese alguien no puede serlo el obrero estultificado por la propia división del trabajo. Es necesaria una clase de hombres que, libres de esa condena, sean capaces de lograr esa conjugación. Muchos son, de este modo, sacrificados, para que unos pocos realicen —salvándose ellos mismos del sacrificio, al menos parcialmente— el beneficio social.

Quienes gustan de la estadística (más en sus concepciones que en sus técnicas) y quienes emplean indicadores probablemente obtengan ideas para un nuevo “indicador de adelanto tecnológico” en las concepciones de Smith. Para él; *en un primer estadio*, el nivel de conocimiento —la media aritmética de lo que saben los miembros de la sociedad— es bajo; la variabilidad del mismo —la desviación cuadrática media, en términos cuantitativos— también es pequeña, y la distribución, diríamos, es platicúrtica. En estadios ulteriores, la media puede subir, pero la variabilidad seguirá siendo pequeña y la curva permanecerá platicúrtica. Sólo cuando el nivel de la media suba, la dispersión aumente, y la curva llegue a ser leptocúrtica, tendremos situaciones de avance tecnológico como las que pueden observarse hoy en algunos países del mundo. Quizás haya que esperar a un genio que nos muestre la forma en que aumente la medida del conocimiento, su variabilidad se establezca (diversificándose más cualitativa que cuantitativamente) y normalizándose, para que hayamos descubierto una situación al par ventajosa para la sociedad y justa para sus miembros.

Las observaciones de Smith son lúcidas y conducen a una conclusión desalentadora. Si se las consagra como lo sumo bueno, o se las acepta como el mal ineluctable del avance social y técnico, se habrá caído en una trampa de la que será difícil salir, porque para Smith es claro que las únicas que

se salvan son las clases superiores de la sociedad, a las que ve como “un grupo que está vacunado efectivamente contra los estragos de la división del trabajo”. Afortunadamente, el mismo Rosenberg advierte el peligro: oye, en las indicaciones de Smith, más una voz de alarma que una consagración de la situación existente, en cuanto señala que “las causas y consecuencias del progreso técnico constituyen aún uno de los problemas más serios de las sociedades que se industrializan”.

Esto, que es verdad en términos generales, también es cierto del trabajo científico. Se pregona —en efecto— frecuentemente, que es útil, que es provechoso —que tiene todas las excepciones— el trabajo en equipo, y no se ven o no se quieren ver sus defectos; sus defectos proceden (como sus virtudes) de la división del trabajo. Concebido al modo tradicional (más particularmente en un país de individualistas como el nuestro) suele conducir a consecuencias desastrosas: no sólo angosta la mentalidad de los individuos, no sólo echa a rodar el esfuerzo de todos cuando interfiere el temperamentalismo de uno de los miembros, sino que también propicia (con frecuencia) la explotación del trabajo de unos por los otros.

Quizás, en este sentido puedan ser útiles experiencias que en terrenos macrosociológicos se realizan en otros países (particularmente en China, según se dice) y que en escala microsociológica parece que quieren intentarse en nuestro medio: sólo cuando un hombre, especialmente habilitado para una labor, la realiza la mayor parte del tiempo, pero no desdeña descender a ocuparse ocasionalmente de otra labor distinta, y sólo cuando el que se ocupa de tareas subordinadas tiene, ocasionalmente, que asumir responsabilidades y tomar decisiones, es posible evitar la estultificación del ser humano. Como que sólo si, por otra parte, quien dirige el tránsito de una ciudad se

convierte ocasionalmente en conductor de un vehículo o en peatón puede saber efectivamente —desde dentro—, subjetiva y no sólo objetivamente, lo que es materia de su dirección.

El estudio que Adam Smith hizo de la división del trabajo no es, ciertamente, contradictorio. Y el esfuerzo que Rosenberg ha hecho por mostrárnoslo es estimulante en más de un sentido. ¡Lástima que la excesiva modestia en la titulación nos haga correr, también, el grave riesgo de perdersen estudios de la envidia de éste!

(U.V)

P. Ramos, J. Díaz González, J. M. Alvarez Manilla y J. Alvarez Tosado: *Proyección Social del Médico* México, 1965 pp. 264.

Difícil de leer con prisa, a pesar de su lenguaje sencillo, un libro de ensayos que con poco sistema y mucha hojarasca, proporciona, no obstante, una serie de anotaciones que concretan ideas valiosas, centrales, de los médicos respecto de su función social. Menos anárquica, menos exuberante, más concreta, otra porción del libro nos habla de planes para la actuación médica y de planes —también— para la enseñanza de la Medicina.

En todos los ensayos, a lo largo de todo el libro, se patentiza la existencia, en la mente de los autores, de una aguda conciencia de cambio social y de un parejo reconocimiento de la responsabilidad humana y profesional que el mismo implica.

De un centro profesional —el reconocimiento de que la medicina no sólo cura, sino previene— irradia una concepción más amplia: una responsabilidad histórico-social. El médico no sólo cuida generaciones presentes, propicia la mejor génesis y existencia de las futuras.

Este esfuerzo, doble, para hoy y mañana, debe realizarlo el médico en

circunstancias a menudo hostiles, tratando de lograr un difícil equilibrio entre su interés personal —que no puede descuidar— y el interés general — que no puede lesionar. Lucha por el Hombre —tiene que luchar por él hasta cuando lo hace por sí— y nunca contra los hombres. Es así como la suya resulta “hazaña ejemplar de la dinámica social”.

Esa dinámica todo lo transforma: las enfermedades mismas parece que desaparecen, que cambian; parece —en veces— que surgen otras nuevas. Lo que ocurre es que el avance científico da nombre a las que no lo tenían y, por otra parte, al combatir las enfermedades de una edad, permite que se centre la atención en las de otra, generalmente más avanzada. La medicina ha de cambiar —así—, con el tiempo, en su contenido, mientras se mantiene inmutable en espíritu. Cambia también de región a región: no sólo por diversidad de paisajes sino por diversidad, sobre todo, de paisanaje, de panorama, de estructura social.

La actitud del médico, en tales condiciones, no puede ser ya de simple aplicador de técnicas curativas; ha de adaptarlas a nuevos tiempos, a nuevos ambientes, a necesidades y posibilidades o disponibilidades sociales nuevas. Con lo cual su carga aumenta. La sociedad se vuelve a él esperanzada y exigente; le anticipa, en veces, un otorgamiento de autoridad e influencia que lo encumbran y lo presionan, y si ella no obtiene lo esperado, le retira respeto y consideración.

Pero si la sociedad exige, no siempre entiende la magnitud de lo que exige, y ni siempre da elementos para que el médico responda a su exigencia, ni le recompensa debidamente cuando —en una o en otra forma— responde a ella.

La medicina cambia y el médico necesita renovarse. En el proceso, abrumado por la acumulación de conocimientos médicos, con creciente inseguro